

COMITE DE TEMARIO
Sub-Comité: "Ideología"

30 Caspew

Ponencia: Jaime Castillo V.

1.- Democracia Cristiana y Humanismo.-

Es necesario reiterar el sentido humanista de la doctrina demócrata cristiana.

Este humanismo se define como personalista y comunitario. Hay una concepción del hombre y de la sociedad que orienta la acción del Partido, a través de las circunstancias particulares de nuestra lucha.

El humanismo no es sólo una doctrina filosófica. Es también una vigencia práctica. Supone la unidad entre el ideal y la realidad. En consecuencia, el humanismo es concreto e históricamente dado. Importa la realización social de sus postulados. Un nuevo tipo de hombre, caracterizado por la relación de compañero a compañero, debe surgir de la transformación de la sociedad. Las estructuras de ésta han de ser el fruto de esa relación. Los fines y los medios que el Partido se proponga, sean mediatos o inmediatos, están orientados a dicho objetivo.

El humanismo es revolucionario: rechaza la sociedad individualista y la sociedad totalitaria. La revolución consiste en hacer surgir una comunidad de hombres libres que viven en fraternidad. Todo lo que obstruye la marcha de los hombres hacia la sociedad libre y solidaria es adverso a la revolución. Es antihumanismo.

Cada militante demócrata cristiano vive en tensión contra las injusticias, desigualdades, opresiones y miserias. Trabaja, dentro de todas las circunstancias, por el humanismo. Es un luchador de la libertad y de la justicia. Ninguna dificultad lo detiene; ningún interés, ningún egoísmo, ningún temor, ningún poder, ninguna consideración debilitan su fé y su esfuerzo. Encarna cada día, en todas partes o situaciones, la realización de sus ideales.

2.- La Sociedad Comunitaria.-

La sociedad comunitaria es la meta hacia la cual se encamina la revolución en libertad. Ella puede ser definida a través de una comparación con otros tipos de sociedad y desde el ángulo de su estructura interna.

En primer sentido, la sociedad comunitaria se expresa bajo la forma de una comunidad de hombres libres, opuesta a las sociedades de tipo individualista y a las de estructura totalitaria. Ninguna de éstas realiza cabalmente ni la comunidad ni la libertad.

La sociedad fundada en el individualismo preconiza la libertad humana como clave de bóveda, pero la entiende como opuesta a la comunicación entre los hombres, degradándola y haciéndola cómplice del empleo de la violencia entre ellos. La sociedad totalitaria, a su vez, recurre al espíritu comunitario para definirse así misma, pero lo interpreta como la entrega total de la persona humana a los intereses del Estado, degradándolo y haciéndolo cómplice del despotismo y de nuevas formas de violencia entre los hombres.

En el segundo sentido, la sociedad comunitaria aparece como una trama de asociaciones libres y vinculadas entre sí. Su estructura es orgánica. Los ciudadanos ejercitan sus derechos democráticos y cumplen con sus responsabilidades en una pluralidad de comunidades autónomas, en cuanto a sus fines propios, pero asociados en vista a una tarea común que compete a cada uno y que reposa en la búsqueda de la felicidad para todos.

La organización comunitaria supone que los bienes de orden material están orientados, en su propiedad o en su uso, hacia el bienestar general.

La sociedad comunitaria es aquella en que la participación de los ciudadanos ha pasado a ser un hecho natural. Todos los comportamientos sociales se hayan engranados. Cada individuo está consciente de su derecho a integrarse en los organismos de la comunidad y participar efectivamente. Las decisiones superiores emanan de ese mismo proceso generalizado. El poder no se impone pues a los ciudadanos, sino es la expresión de ellos mismos, de su vida comunitaria. La interpretación entre todos es profunda y, por eso, la coacción, mínima. La autoridad posee un fundamento moral y no aparece como un hecho externo a la conciencia de cada cual, sino como un deber de disciplina. La libertad individual es efectiva en la medida misma en que las relaciones entre los ciudadanos están fundadas en un vínculo profundo. El desarrollo de la personalidad de cada ciudadano es la base de la unión. No existe el individuo despersonalizado ni abrumado por el peso de la sociedad o de grupos particulares.

Los medios productivos capaces de convertirse en factores de opresión de clases adoptan formas sociales de apropiación, sea a través de las comunidades de trabajo, sea en forma de propiedad nacional u otras de tipo cooperativa que la experiencia aconseja.

El Estado, dentro de la sociedad comunitaria, realizará plenamente la función de "gerente del bien común", y, por tanto, no podrá convertirse en una superestructura opresiva, no responderá a intereses de clases (que habrán dejado de existir), ni será una máquina burocrática y despersonalizadora. No será el Estado de la sociedad individualista, que niega las agrupaciones particulares, ni el Estado de la sociedad totalitaria, que suplanta y vacía de realidad a la vasta proliferación de cuerpos intermedios. Será solamente la organización jurídica y política correspondiente al hecho de que los hombres viven asociados democráticamente y orientados hacia el cumplimiento de fines que interesan a todos en cuanto libres e iguales.

La organización comunitaria supone también la existencia vital de una ética de solidaridad y compañerismo. Ninguna realización objetiva, ninguna estructura material cumplirán verdaderamente su función de superar la vieja sociedad, si no están inspirados en una conducta personal y colectiva de abnegación y amistad cívica. La doctrina demócrata cristiana exige la disposición espiritual hacia el uso de medios humanistas y el hecho de que cada ciudadano funde su actividad en la camaradería. La sociedad comunitaria, por tanto, es al mismo tiempo y en la misma forma, una realización moral y una realización social. Desvincular estos aspectos importa quebrar toda posibilidad de vivir en el personalismo comunitario en la historia real de los hombres.

3.- La Revolución en Libertad.-

La revolución en libertad es el paso del capitalismo a la sociedad comunitaria. Ella se plantea los problemas de la de la etapa de transición y los resuelve sobre la base de las inspiraciones fundamentales y de la experiencia.

Desde el punto de vista político, interesa precisar los aspectos siguientes:

a) La revolución.-

La revolución puede ser definida desde puntos de vista

vista muy diferentes. Las distintas definiciones no deben ser utilizadas unas contra otras, pues cada una aporta una contribución valedera.

De un modo general, la revolución es el paso de las sociedades de opresión a las sociedades verdaderamente humanas. Solamente así se explican el compañerismo y el heroísmo de los hombres que dedican su vida a la revolución.

Desde un ángulo propiamente demócrata cristiano, la revolución es la transformación de la sociedad individualista o colectivista en sociedad comunitaria.

Por fin, desde un enfoque exclusivamente sociológico y válido para cualquiera doctrina, la revolución puede ser descrita como la supresión de las clases opresoras y la entrega del poder al pueblo entero.

Ahora bien, para los demócratas cristianos la revolución supone premisas ideológicas, condiciones sociales, etapas de realización y finalidades determinadas. Ella no es un fenómeno automático que está más allá de la voluntad de los hombres actuales. Es erróneo, por lo tanto, sucede en otras experiencias, suponer, que basta hallarse a la cabeza del poder revolucionario para encarar las aspiraciones del pueblo, hasta el punto de que se hagan innecesarias, las normas de participación de los ciudadanos en el ejercicio del Gobierno. La revolución puede ser traicionada, y ello sucede cuando la vanguardia no sabe unir los medios a los fines y se transforma en una clase dominante y opresiva.

b) La libertad.-

La revolución chilena y toda verdadera revolución, será en libertad. Ella, en definitiva, no es otra cosa que la vida comunitaria, entre compañeros, entre hermanos.

A través de su historia, los hombres han dado muchas batallas por la libertad. La han conquistado poco a poco, han tomado conciencia de su valor. Hoy día sabemos distinguir entre democracia y dictadura. Queremos la primera y repudiamos la segunda. Este hecho no puede ser invalidado por la circuns-

tancia de que la democracia política esté en gran parte falseada por el régimen social egoísta y utilitario del capitalismo histórico. Tampoco lo invalida la inevitable resistencia que los sectores tradicionales opondrán, y oponen en nuestro país, a la acción transformadora de la sociedad. Hemos tomado el poder mediante la promesa de una garantía de libertad para todos, en los términos de nuestra Carta Constitucional, y consideramos que este factor, por mucho que aumente las dificultades del ejercicio del poder es parte de la educación del pueblo para una verdadera revolución.

Quienes se dicen revolucionarios y empiezan por señalar que la libertad no hace sino defender a los reaccionarios, carecen del sentido de la libertad y se encaminan indefectiblemente a instaurar una nueva opresión.

Sin abandonar el derecho del Estado a defenderse y de nuestro partido a tratar de interpretar, en un momento dado, los intereses profundos de la comunidad, el pensamiento democrata cristiano ha de consistir, no en buscar la manera de suprimir los derechos de los opositores, sino en hallar los caminos para atraer la confianza y la lealtad del pueblo, mediante el raciocinio y el ejemplo. Sustituir esta responsabilidad por el cómodo procedimiento de dejar que la "Revolución" libere a los jefes de sus culpas frente al resto de los individuos, es precisamente el mayor crimen contra la revolución verdadera. El respeto a las conquistas democráticas de la Humanidad constituye hoy día un requisito indispensable. La revolución es en libertad o no lo es.

c) La violencia.

La revolución no se identifica con la violencia. Pero, sin duda, hay violencia revolucionaria y justa.

El militante democrata cristiano debe saber luchar democráticamente aún en las peores circunstancias. Al mismo tiempo debe tener conciencia, de las situaciones límites que plantean las dictaduras políticas, o sociales las que, a veces, hacen imposible el uso de métodos democráticos. En tal situa-

ción solo la lucidez y honestidad del hombre enfrentado a su destino, puede permitirle tomar la decisión correspondiente. Con todo, ni en las condiciones de la lucha más feroz, el militante demócrata cristiano debe olvidar que su doctrina le exige retornar lo más pronto posible a la normalidad democrática.

La violencia reaccionaria es oprobiosa y repugnante. La violencia que se dice revolucionaria, por cuanto vá contra aquella, pero que, al mismo tiempo, no hace sino poner de nuevo en acción un sistema despótico, injusto y deshumanizado, no adelanta a la Humanidad en su camino.

Los demócratas cristianos nos asignamos, en ésta época, la tarea de unir a los hombres para pasar de la injusticia a la justicia, de la esclavitud a la libertad, de la violencia al humanismo. Y hemos de hacerlo a través de métodos humanitarios. Esto marca, nuestra acción en los casos de violencia desatada y aún en la lucha política normal, con una responsabilidad superior a cualquiera otra.

No estimulamos, pues, la violencia, a pesar de que conocemos los límites impuestos por la realidad. Estimulamos, en cambio, la grandeza que emana de la filosofía de no violencia contra la injusticia. Y destaquemos el heroísmo de quienes intentan resolver las crisis sociales mediante el ejemplo personal y el riesgo asumido por el dirigente. No compartimos la táctica de rebajar el nivel de las masas, a fin de disponer de ellas para cualquier forma de lucha o de rebelión.

d) La lucha de clases.

La lucha de clases es un hecho de la sociedad capitalista. Debe desaparecer a poco que la humanidad resuelva el conflicto planteado por ésta.

El colectivismo de Estado no ha suprimido las diferencias de clases ni la base para que ellas vuelvan a desarrollarse como antaño.

Una sociedad de hombres verdaderamente libres, unidos por el vínculo comunitario, es una sociedad sin clases y en ella existe la igualdad y la justicia. //.

Para un demócrata cristiano, el hecho sociológico de la clase social y el hecho político de su antagonismo en el seno del régimen capitalista o de otra experiencia cualquiera, no significa que la naturaleza humana debe ser definida tan solo por ese factor. Teóricamente hablando, la clase social, como estructura que surge de una forma deshumanizada de apropiación de los medios económicos, es efecto de la condición humana, y no su causa. Para poder luchar contra la desigualdad de clases y reconstruir la igualdad entre los hombres, es necesario concebir a éstos como capaces de vencer los determinismos que surgen de la estructura social. El hombre se encuentra pues, en cuanto tal, más allá de la clase a que pertenece. Todos pueden ser llevados a la lucha por la libertad y la justicia, porque cada uno está en situación de entender la verdad que encierran.

Este medio histórico dentro del cual surge y consiste en una estrategia para superarlo. Por lo tanto, la economía del período de transición está caracterizada por una pluralidad de formas económicas, incluso capitalistas, todas las cuales reciben, a través de procedimientos democráticos, una orientación comunitaria. Dos compromisos fundamentales deben ser asumidos: el de sustituir el régimen capitalista y el de lograr el establecimiento de la sociedad comunitaria.

De lo anterior se desprende que la estrategia anticapitalista no es el mismo que la teoría comunitaria. Puede haber y hay, sin embargo, interpretaciones acerca del modo como ha de ocurrir el desarrollo no capitalista y cuáles son sus objetivos últimos. Por esto mismo, es un error separar en forma demasiado absoluta la estrategia de la teoría. En caso de hacerlo así, se corre el riesgo de avanzar hacia el establecimiento de una sociedad deshumanizada y, por tanto, de perder el logro perseguido por la doctrina demócrata cristiana. El colectivismo o estalinismo económico, vinculado generalmente a regímenes totalitarios. En consecuencia, el desarrollo no capitalista, a juicio de nuestro partido, lleva desde el comienzo el sello de los fines y métodos comunitarios.

Dicho de otro modo, la Democracia Cristiana rechaza la tesis de que el paso del capitalismo a una sociedad en que los hombres sean verdaderamente libres y asociados fraternamente entre sí, debe verificarse a través de una experiencia colectivista y dictatorial semejante a las que conocemos en el mundo contemporáneo.

4.- El desarrollo no capitalista y la sociedad comunitaria.-

La necesidad de un desarrollo no capitalista es un dato esencial del proceso que hemos designado " revolución en libertad ". Teóricamente, la Democracia Cristiana es anticapitalista. En la práctica, se encamina a la sustitución del capitalismo y del colectivismo por la sociedad comunitaria. En consecuencia, es ineludible un período de transformación social que comience a crear condiciones antagónicas a la estructura tradicional, pero que, al mismo tiempo, parta de la realidad concreta y sea el fruto de una maduración social adecuada. En suma, la aceptación de un desarrollo no capitalista es básico para los demócratas cristianos y no puede ser objeto de discrepancias de fondo entre ellos.

El desarrollo no capitalista presupone, por lo tanto, el medio histórico dentro del cual surge y consiste en una estrategia para superarlo. Por esta razón, la economía del período de transición está caracterizada por una pluralidad de formas económicas, incluso capitalistas, todos los cuales reciben, a través de procedimientos democráticos, una orientación comunitaria. Dos compromisos fundamentales deben ser asumidos: el de sustituir el régimen capitalista y el de lograr el establecimiento de la sociedad comunitaria.

De lo anterior se desprende que la estrategia anticapitalista no es en sí lo mismo que la teoría comunitaria. Puede haber y hay diversas interpretaciones acerca del modo como ha de orientarse el desarrollo no capitalista y cuáles son sus objetivos últimos. Por esto mismo, es un error separar en forma demasiado absoluta la estrategia de la teoría. En caso de hacerlo así, se corre el riesgo de avanzar hasta el establecimiento de una sociedad deshumanizada y, por tanto, opresora. El logro perseguido por la doctrina demócrata cristiana no es el colectivismo o estatismo económico, vinculado generalmente a regímenes totalitarios. En consecuencia, el desarrollo no capitalista, a juicio de nuestro partido, lleva desde el comienzo el sello de los fines y métodos comunitarios.

Dicho de otro modo, la Democracia Cristiana rechaza la tesis de que el paso del capitalismo a una sociedad en que los hombres sean verdaderamente libres y asociados fraternalmente entre sí, debe verificarse a través de una experiencia colectivista y dictatorial semejante a las que conoce el mundo contemporáneo.

Por el contrario, piensa que los hombres de nuestro tiempo, tanto en las sociedades occidentales como en las de la órbita soviética, suministra una abundancia extraordinaria de antecedentes para apoyar la tarea de pasar directa y democráticamente desde las estructuras tradicionales a otras cuyo fundamento sea la solidaridad.

Las mismas razones dadas nos permiten señalar que es inexacta y desorientadora la fórmula que define la tarea demócrata cristiana como el paso del capitalismo al socialismo, sin más determinaciones y con falta de conciencia respecto a los fundamentos, las etapas y las metas que, en la práctica, separarán siempre - uno de otro - el comunitarismo y el colectivismo.

El desarrollo no capitalista supone pues, por una parte, que las formas de economía capitalista históricamente necesarias carezcan de una fuerza tal que detenga el proceso de transformación, y, por la otra, que el inevitable recurso a la economía del Estado no sea tan poderoso que ahogue el libre desenvolvimiento del espíritu y las realidades comunitarias. Es tan ajeno a las doctrinas del Partido permanecer en el neo capitalismo como dejarse arrastrar hacia el colectivismo.

Las decisiones programáticas, en las cuales se traduzca la política en favor de un desarrollo no capitalista y comunitario a la vez, son del resorte del Partido y demás organismos pertinentes.

Los militantes no deben confundir la doctrina con el programa ni anticipar sus propios designios a lo que el Partido resuelva. Es de la esencia de una tarea como la de pasar del capitalismo al comunitarismo mantener la lealtad al programa trazado, a sus métodos y etapas. La elaboración doctrinaria será siempre válida e influirá en forma de preparar los pasos ulteriores. Más, las resoluciones ya tomadas, y especialmente si se han convertido en normas de Gobierno, obligan por igual a todos los militantes. Nadie tiene derecho a hacer de sus opiniones personales o de las tesis del Partido una bandera de lucha interna o de desnaturalización de las medidas oficialmente adoptadas.

5.- El Partido de Compañeros.

La doctrina demócrata cristiana no es una bandera, ni una apariencia ni una teoría. Ella representa una forma de vida. En consecuencia, cada una de sus exigencias tiene que hacerse realidad en el Partido mismo. Somos un partido comunitario de

compañeros que se traza una ~~tarea~~ en beneficio del país y de la Humanidad. Eso significa tener conciencia de varias premisas:

a) El Partido ha de ser una comunidad organizada. En ella, hay una trama de organismos internos que actúan dentro de sus propios cauces y con vistas al designio general. Los Estatutos tienen validez para todos. Hay una disciplina surgida por la acción. El debate interno posee toda la libertad que brota de la amistad. Al mismo tiempo, queda voluntariamente limitada por las necesidades esenciales de la causa. Nadie, en efecto, trabaja para sí mismo ni pone sus intereses por encima del partido. Los revolucionarios valen para todos de la misma manera.

b) El partido, así mismo, constituye un grupo homogéneo. No hay deficiencias de valor moral o social. No existen alas ni bandos internos. Las discrepancias de opinión o de actitud son respetables y meramente circunstanciales. Los militantes se sienten miembros de una misma causa y hacen de su defensa su tarea principal. Todos se reconocen participantes de la misma tarea y capaces de asumir la representación de las ideas comunes. Nadie usa sus posiciones personales contra los demás. Ni hacen de la doctrina de todos un pretexto para introducir objetivos propios.

c) Somos un partido de compañeros. La camaradería no es una palabra, es una vocación. No está permitido calificarse recíprocamente por causas de orden político o social. Las incomprensiones deben ser superadas. Ningún militante, mientras conserve su calidad de tal, puede ser herido en sus sentimientos personales, menospreciado o perseguido. Estamos reunidos para pensar y actuar en común. Existe la obligación de apoyarse. Ninguna circunstancia permite abandonar la camaradería. Vá contra la comunidad demócrata cristiana el hecho de mirarse como adversarios irreconciliables y debatir nuestros problemas en una atmósfera de recriminación y apasionamiento. La unidad, por encima de las discrepancias es infinitamente respetable y necesaria. Nadie puede anunciar la escisión del partido ni descalificar a otros camaradas. Las resoluciones competentes son definitivas al respecto.

La camaradería implica también solidaridad. La Democracia Cristiana está encarnada en cada uno de los militantes. La injusticia contra uno de ellos, el ataque del adversario, deben ser sentidos por todos.

No se puede abandonar a los camaradas que trabajan con dignidad en tareas que les fueron confiadas. Toda crítica merecida debe tomar la forma de una ayuda. Ni aún los casos de error o intención premeditada contra el Partido han de ser mirados con odio. La renuncia o la separación bastan para definir los nexos entre los militantes y los que ya no pertenecen a nuestra colectividad.

La estructura fraternal del Partido no es sólo una exigencia. Además de ello, es una condición necesaria para realizar plenamente nuestras ideas. El pueblo que sufre la injusticia o la miseria exige que el Partido, capaz de conducirlo, sea efectivamente un anuncio de la sociedad en que la injusticia y la miseria marchen hacia su extinción. De otra manera carecerá de fuerzas. La organización, como la disciplina y el compañerismo son, en suma, requisitos indispensables para ser democrata cristiano y para cumplir la tarea que nos hemos impuesto.-